



EN EL BELÉN VIVIENTE

He pregonado muchas veces y desde hace bastante tiempo que me siento más rico cada vez que veo llegar algún progreso, y no sólo físico o material, a Aldeanovita, a mi Aldeanovita la bien nombrada. Recuerdo la llegada de la báscula, ¡de la gasolinera!, de las queserías, del mercadillo semanal como en todos los pueblos, de la línea de farolas que se estiran por el filo de la carretera... ¿Qué decir de la llegada de nuestra Asociación Cultural *Aldeanovita*, así llamada, ni más ni menos, y sus actividades infantiles y juveniles, y la participación, en sus buenos tiempos, de gentes de todas las edades, de la reivindicación y ¡logro! de la antigua Comarcal para sede de la Asociación, de aquellas Cabalgatas de Reyes que, si hacían felices a los más pequeños, también emocionaban a los incrédulos y mayores. Recuerdo aquella arrolladora actividad que, en efecto, nos arrolló sobre “Higiene Bucal Infantil” creyendo que se trataría de ocho o diez niños... Se presentaron ochenta y cuatro y, algunos, no tan niños. Les dimos cepillo y un tubo de pasta y el gran consejo de ¡cuidado con las golosinas y las chucherías! ¡Y aquella tarde-noche del día de Nochebuena cuando la emprendimos hasta Toledo en el taxi de Dominguín para buscar la admirada y añorada **Trenza** y repartirla en aquellos días...! ¡Cuántas ganas tengo de contar en mi Aldeanovita la bien nombrada con una Casa de la Cultura ancha, espaciosa, llena de luz y de estanterías...! Por todo ello, me he sentido rico en emociones y también orgulloso de mi Aldeanovita y de sus gentes.

Y ahora... ¿Quién podría decir, ni imaginar, que iba a surgir la idea de montar con todo lujo de detalles un Belén Viviente a las puertas mismas de la iglesia, justo donde antes, ¡ay!, María *la Solanera* había alfombrado el suelo con tomillo, romero, cantueso y otras plantas que esparcían, generosas, sus aromas por toda la plazoleta. También por aquellos tiempos, ahí mismo, había dos poyos de labrado granito adosados a la pared que servían de asiento a los temibles *diablillos* los cuales, portadores de grandes ganchos –como hoces de acero- que hacían rechinar sobre el empedrado y vestidos con ropaje de baja clerecía, atemorizaban a los niños y hacían burla de los mayores que no daban limosna...

¡Y ahora el Belén Viviente!, y he vuelto a sentirme más rico: en emociones y en credulidad, porque he visto alegría, emoción en cuantos hasta allí se han acercado, y franca colaboración de mucha gente y, sobre todo, participación de todo el vecindario. ¿Cuántos éramos? ¡Cerca de cuatrocientos!, y mucha gente en la carretera aún: alpacas de alfalfa, castañas calentitas sustitutas de las añoradas bellotas avellanadas e higos pasiques para hacer

turrón de pobre, ¡ay, qué rico y cuánto sabor de infancia! Gente joven ataviada con ropajes apropiados para llamar a los Reyes Magos y a numerosos personajes bíblicos, que aún no he sido capaz de identificar, aunque estuve hablando con ellos mucho rato; cuadro perfecto de un entrañable hogar: mujer haciendo migas en las que no faltaba ningún añadido: torrezno, choricito, panceta, azafrán, ajo aldeanoviteño cogido en la noche de San Juan... Otra mujer, que parecía la madre de la *Madalena*, afanada en tarea de hacer el queso bien apretado... Al frente, la fragua, en la que el herrero mayor, golpeando el yunque, atrapó más de cuatro recuerdos juveniles... Y llegamos al epicentro del Belén: ahí está la Virgen embargada por la emoción del acto con el Hijo plácidamente dormido e impasible ante los cientos de halagos de los visitantes convertidos en pastores. Pero reparé en la Virgen: sí, embargada por la emoción entre el ropaje de la época, con la color demudada que le transportaba a aquellas creencias verdaderas de su infancia y le colmaban de amplia responsabilidad al representar la columna vertebral del Nuevo Testamento. Hubo un momento en que la sorprendí mirando al Niño con los ojos entornados intentando adivinar futuros lejanos... Y el coro. ¡Qué maravilla! También me sentí más rico cuando supe de su existencia en mi Aldeanovita y me contaron que competían con otros coros... Y cuando lo vi y escuché. También en el Belén Viviente cantando al Niño. Y reparé en que todos sus integrantes eran mujeres y en que ninguna era nativa total de Aldeanovita... ¡Y San José, entre la incredulidad y la resignación, también estaba de lo más apropiado! Por allí estaba el cura con el hisopo... Y Alicia junto a Puri, almas populares vivientes, las engendradoras de todo esto tomando nota de lo que se puede mejorar para el próximo año, y Javier, como si de un San José se tratara, a las mesuradas órdenes de Alicia.

Salí emocionado y con una lección confirmada una vez más: que nuestro pueblo no rechaza la invitación a participar si se la proponen: ahí están los cuatrocientos aldeanos. Espero que esta lección la tengamos presente el día 29 cuando demos ese impulso a la Asociación Cultural Aldeanovita. Y espero también que el sacerdote haya sacado la misma lección que yo en este acto tan entrañable.